



El Misterio de Ariadna según Nietzsche. Cavilando una deriva¹

Augusto Ricardi

Montevideo - Uruguay
ricardau@hotmail.com

Un aspecto esencial lo encontramos en no olvidar la distinción entre *Grecia arcaica* y *Grecia clásica*. A modo de somero repaso, la Grecia clásica comienza con la consolidación en Atenas de la Democracia en el siglo V, construcción de la Acrópolis y emergencia de las disciplinas públicas. Es en la Grecia arcaica, anterior a la clásica y a la existencia del “tábano ateniense”, en la que se desarrolla el mito originario de *Dionisos versus Apolo*, asentado en la consolidación de imágenes opuestas; desmesura *versus* medida, locura *versus* coherencia, et cetera.

Es este el mito central que Deleuze retoma en el capítulo “Misterio de Ariadna según Nietzsche”².

Afirmación y negación, dos ideas que recorren la obra. Entre ellas se genera un sentido dialéctico en cuanto que lo afirmado es lo negado (desafirmado) y el negar significa negación de lo afirmado (absoluto) en el sentido de negación de lo dado, estatuido o naturalizado.

“Pasar de Teseo a Dionisos es para Ariadna un asunto de clínica, de salud y de curación. Para Dionisos también.... Dionisos es la afirmación pura; Ariadna es la afirmación reiterada, el «sí» que responde al «sí». Pero desdoblada, la afirmación retorna a Dionisos como afirmación que reitera”³

Lo que Dionisos representa, en la Grecia arcaica como afirmación es el *devenir*, pero un devenir que se coloca en las antípodas de la ‘serenidad’ (aquello que Apolo y su culto-ritual <re>afirma) para constituir la plena afirmación de lo desafirmado, que son los mismos aspectos oscuros de la vida, la tragedia, los valores de la vida que están sancionados como errores, aquellos de los cuales el hombre pretende deshacerse, purgarse, en definitiva, negar.

“Pero en realidad el hombre aunque fuera superior, no sabe en absoluto lo que significa afirmar. Presenta de la afirmación una caricatura, unos simulacros ridículos. Cree que afirmar es llevar, asumir, soportar una prueba, cargar con un peso”⁴

Sostiene Nietzsche que la Tragedia en la Grecia arcaica unida a Dionisos se transforma en “espíritu de vida” ¿Qué relación tiene esto con el concepto de “afirmación”? y ¿Qué más puede entenderse por el mismo?

¹ He de advertir de la posibilidad de alcanzar una cabal comprensión del texto de Deleuze, y en especial de los pasajes que aquí reseñamos, si se toma en consideración que en él existe una labor conceptual asentada en la filosofía de Nietzsche; fuente parcial de sus reflexiones. En consecuencia, considérese la lectura de los escritos del filósofo prusiano.

² Deleuze, Gilles. «El misterio de Ariadna según Nietzsche» en *Crítica y clínica*, Anagrama, Barcelona, 1996.

³ *Ibid.*, p. 148

⁴ *Ibid.*, p. 141

Deleuze nos deja bien en claro las respuestas a estas interrogantes; la afirmación es “afirmación del laberinto”, esto es, afirmación del *azar*. Es la afirmación de la desmesura, de la embriaguez. En su doble sentido es también afirmación de la individuación, de lo trágico, de lo insoportable, es afirmación de la *hibryis*, de lo que en la Grecia clásica pasó a ser castigado y objeto de *catarsis* (en el sentido aristotélico de depuración, efecto que cumplía la representación teatral de la tragedia).

En este caso la afirmación es una aceptación del carácter fragmentario de Dionisos, es una invitación de Nietzsche a vivir la vida como éste; a vivir *la cara desolada de la tierra*. La vida no se debilita como sucede en la Grecia clásica sino que se hace fructuosa en la medida en que el hombre afirma y no ‘destierra’ la existencia de su carácter azaroso; es la coexistencia de las desilusiones, del temor, de lo *irracional*, con lo fijo, seguro y *racional*. Es la afirmación de la idea del devenir en el sentido que le presta Heráclito; el cambio de las cosas como constante, y viceversa. La vida es lo uno por un lado (Teseo) y lo múltiple por el otro (Dionisos). Que Ariadna pase de Teseo a Dionisos es según Deleuze –y Nietzsche– llegar a la afirmación reiterada, es celebrar la vida aceptando la diversidad de ésta con toda su vileza, sin resignarnos ni resentirnos con ella; el lema es “la vida ha de ser celebrada con sus tragedias y alegrías”.

La propia fuerza de la vida resulta engañosa, deslumbradora. Esta *fuerza vital* al mejor estilo dionisiaco hace a la vida fluctuosa...y así debe ser. De esta forma entiende Nietzsche que aquel que sepa *vivir sin dioses* y a la vez tenga *voluntad de crear* es el *superhombre*.

“El hombre superior se distingue del inferior por su intrepidez y el desafío que lanza al infortunio (...) La fuerza pletórica ansía crear, sufrir y sucumbir, no quiere saber nada con la mezquina bienaventuranza cristiana (...)”⁵

La única verdad es devenir azaroso y ésta pierde su carácter de natural y absoluto para convertirse en fluctuación constante de fenómenos. La verdad cambia, se destruye al destruir el vehículo conductor de la esencia de las cosas, esa esencia que se pretende inmutable.

“Lo que corresponde esencialmente a Dionisos músico es hacer que bailen los tejados, que se columpien las vigas. Algo de música hay también sin duda por el lado de Apolo y asimismo por el lado de Teseo: pero se trata de una música que se reparte según los territorios, los medios, las actividades, los *ethos*: una canción de trabajo, una canción de marcha, una canción de baile, una canción para el descanso, una canción para beber, una nana (...) Para que la música se libere habrá que pasar por el otro lado, allí donde los territorios tiemblan, o las arquitecturas se desmoronan, donde los *ethos* se mezclan, donde surge un poderoso canto de tierra”⁶

Esto no se logra por Teseo, éste es “inferior al toro”, es negador más que portador de la afirmación del lado oscuro de la vida; ésta es tarea de Dionisos.

Escudriñemos entonces la propuesta nietzscheana a través del texto de Deleuze por medio de su alegoría. De esta forma los animales del superhombre son el *asno* y el *camello*, no el *toro*, pero sólo lo son en la medida en que son animales del desierto y zonas áridas, que habitan la cara desolada de la tierra y que saben portear. El toro es vencido por Teseo; hombre sublime o superior. Pero Teseo es, incluso, inferior al toro; “*solo tiene su nuca*”.

«Debería hacer como el toro, y su felicidad debería oler a tierra. Quisiera verle

⁵ Nietzsche, Friedrich. *La voluntad de poder*. UNC/FDCPS, 1992.

⁶ Deleuze, op. cit. p. 146

semejante al toro blanco que resopla y muge ante el arado; y su mugido debería cantar las alabanzas de todo lo que es terrestre... Permanecer con los músculos distendidos y la voluntad desuncida, eso es lo que nos resulta más difícil a vosotros los sublimes».⁷

Es un absurdo para Nietzsche separar la felicidad del sufrimiento. En *Así habló Zaratustra* aparece la tricotomía animal; el *asno*, el *camello*, y el *león*. Ahora los dos primeros no representan animales del superhombre; son animales de carga, obedientes, dóciles, sufridos, sumisos, *decadentes*. Nietzsche repudia el resentimiento por experiencia, sabe lo que es por su enfermedad, sin embargo, sabe de su fuerza y voluntad de querer y poder. El hombre para éste filósofo es *voluntad de poder* pero hay fuerzas reactivas como el miedo o el terror, por ejemplo, que impiden este tipo de voluntad. El camello como el asno no intentan una sublimación, tan solo viven la vida terrenal. Hay una transformación en la que se pasa a ser león que simboliza el poder, la fuerza, lo activo, el gran hombre.

“Sabemos que, en Nietzsche, la teoría del hombre superior es una crítica que se propone denunciar la mistificación más profunda o más peligrosa del humanismo. El hombre superior pretende llevar a la humanidad hasta la perfección, hasta el cumplimiento. Pretende recuperar todas las propiedades del hombre, superar las alienaciones, realizar el hombre total, poner al hombre en el sitio de Dios, convertir al hombre en una potencia (...)”⁸

Bibliografía

- Deleuze, Gilles. *El misterio de Ariadna según Nietzsche*. En CRITICA Y CLINICA. Anagrama, Barcelona, 1993/96.
- Nietzsche, Friedrich. *Así habló Zaratustra*. Editorial Alianza, Madrid, 1984.
- Nietzsche, Friedrich. *La voluntad de poder*. UNC/FDCPS, 1992.

⁷ Citado en Deleuze, *ibid.* p.141, F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, III, «De los sublimes».

⁸ *Ibidem*.